

Antiguos Pobladores de Los Andes

Luis Cornejo B.

(Artes y Letras, Diario El Mercurio 12/09/99)

Esta historia comienza alrededor del año 9000 antes de nuestra era, cuando los primeros grupos de humanos se aventuraron a explorar los territorios cordilleranos, acampando en lugares como el estero El Manzano. Estos primeros asentamientos del periodo prehistórico Arcaico se caracteriza por poblaciones humanas que tienen una economía basada en la caza y recolección de recursos animales vegetales y, consiguientemente, su modo de vida es en esencia nómada. Desde el punto de vista social, se constituían como bandas independientes, compuestas por cantidades relativamente pequeñas de personas, la mayor parte de las cuales eran en algún grado parientes.

Estas primeras incursiones en la cordillera son contemporáneas con los últimos cazadores de mastodontes y otros grandes herbívoros del Cuaternario, encontrados en la hoy drenada laguna de Tagua Tagua (VI Región) y fechados entre los 11.000 y 9.000 años antes de nuestra era, del período Paleoindio. Sin embargo, hasta ahora en la cordillera no se han identificado evidencias de estos grupos cazadores de “megafauna”, ya que los huesos de animales presentes entre los desechos alimenticios de estos primeros “montañeses” sólo incluyen fauna moderna, especialmente guanacos.

Los lugares elegidos por estos grupos Arcaicos para asentarse fueron preferentemente refugios dejados por grandes rocas, los cuales aun hoy son utilizados por los arrieros como “casas de piedra”. En algunos de estos lugares se establecieron campamentos bases que eran utilizados dentro de ciclos anuales de nomadismo. En ellos, el grupo completo, incluyendo a hombres, mujeres y niños, residía por un período relativamente largo, practicando en el lugar todas las actividades propias de su vida. Desde estos campamentos bases se ocupaban además otras localidades, que podían ser otras “casas de piedra” o simplemente espacios abiertos, como los descubiertos en lugares como El Manzano, Laguna Negra o Los Queltehues. Las evidencias encontradas en estos sitios están compuestas principalmente por desechos alimenticios, especialmente fragmentos de hueso, restos de las herramientas y artefactos confeccionados en piedra.

A través de los varios milenios que cubre este período ocurrieron algunos importantes cambios en la forma de vida de estas poblaciones. Desde el punto de vista económico, las mayores innovaciones tienen que ver con un paulatino aumento de la importancia de los recursos vegetales en la dieta de las poblaciones, el que es especialmente notorio a partir del sexto milenio antes de nuestra era. En este momento, en los sitios arqueológicos comienzan a ser muy importantes los artefactos utilizados para procesar vegetales, tales como morteros y manos de moler. En la esfera tecnológica, los principales cambios se verifican en las herramientas utilizadas para determinadas tareas, especialmente aquellas vinculadas a la caza. Las puntas de los proyectiles, finamente talladas en piedra, nos indican que probablemente desde artefactos arrojados con la mano, del estilo de una lanza, se pasó a la utilización de la estólica o lanzadera en fechas cercanas al 6000 antes de nuestra era. Esta herramienta consiste en un trozo recto de madera con un gancho en un extremo que sirve para impulsar el dardo, obteniéndose así mayor precisión y fuerza. Recientes hallazgos indican que la estólica fue utilizada hasta tiempos tan tardíos como el primer milenio de nuestra era.

Período Agroalfarero:

No obstante, el cambio cultural más importante en la prehistoria de esa región tendrá lugar con la incorporación de los cultivos y la alfarería, proceso que comienza cerca del año 300 antes de nuestra era. En él ciertas poblaciones accedieron a tecnología que les permitía producir directamente alimentos, procesarlos de manera tal de obtener un mayor provecho nutritivo o almacenarlos. El origen de estas innovaciones aún no está del todo dilucidado, ya que hay antecedentes tanto para postular que llegaron desde fuera como para suponer que tuvieron un desarrollo local. En todo caso, es evidente que muchas de las características de la alfarería y los cultivos más tempranos de esta región presentan grandes similitudes con los conocidos más al norte.

Este importante cambio cultural motivó a los arqueólogos a definir un nuevo período. cultural para la región de Chile Central, llamado Agroalfarero Temprano, el cual cubre un lapso entre los 300 años antes de nuestra era y los 900 años de nuestra era. La economía fue más bien hortícola que agrícola. Los cultivos se practicaban en chacras familiares a pequeña escala, mientras que la caza, recolección y, probablemente cierto grado de nomadismo, continuaron siendo sustanciales en la subsistencia. Desde el punto de vista social, si bien la independencia de cada grupo siguió siendo la principal característica, se pueden reconocer algunas comunidades que comienzan a tener algún grado de relación más allá de las familias extendidas.

En la cordillera, la presencia de asentamientos de este período no se ha registrado hasta fechas cercanas al año 400 de nuestra era. En esos años se instala, junto a una vega en la localidad de Chacayes (río Yeso), un importante asentamiento utilizado a la misma vez como lugar de residencia y como cementerio. Este es el único cementerio que se ha localizado en la cordillera para este período y presenta, además, una serie de características que nos indican que la población que aquí vivió y murió era distinta a cualquiera de las otras que habitaron Chile Central en dicha época. Sus rasgos más distintivos se encuentran en las vasijas de cerámica que dispusieron como parte del ajuar de sus muertos, las cuales, si bien tienen algunas características que las hacen comparables con el resto de la alfarería utilizada en Chile Central, recuerdan fuertemente a la alfarería producida en ese mismo momento por algunos pueblos del Norte Chico.

Sólo un poco más tarde registramos la presencia en varias localidades cordilleranas de asentamientos que corresponden a grupos humanos que sí forman parte de la tradición cultural de Chile Central. Estos se manifiestan como pequeños sitios al aire libre que albergaban a grupos relativamente reducidos de personas, probablemente una familia. Aproximadamente el año 500 de nuestra era, se instaló cerca de la confluencia entre el estero El Manzano y río Maipo un campamento habitacional. Aquí fue posible practicar la horticultura en las amplias terrazas que caracterizan esta localidad, que dispone, además, de una buena provisión de agua. A la vez, desde este punto sus habitantes podían acceder a otros recursos, especialmente las canteras de rocas silíceas que se encuentran en las nacientes del estero El Manzano, muy apetecidas para la manufacturación de utensilios de piedra tallada.

Manufactura del cobre:

Por su parte, un poco después del año 600 de nuestra era en la localidad de El Alfalfal (río Colorado) se instaló en terrazas del estero Cabeza de León una población de reducido tamaño, esta vez dedicada a la explotación de un recurso de la cordillera nunca antes utilizado: el mineral de cobre. En un sector instalaron habitaciones construidas con quincha (barro, caña y

paja), en el cual se han encontrado abundantes restos de escoria producto de la fundición del cobre, mientras que en otro lugar cercano se realizaron tareas de procesamiento del mineral antes de la fundición. Para esta actividad se ocupó una “piedra tacita” o gran roca cubierta de oquedades que, junto con “manos de moler”, fueron utilizadas como molinos. Entre las basuras de la ocupación del lugar y sobre la “piedra tacita” se encontró una gran cantidad de trozos de mineral sin procesar.

La producción de estos primeros mineros de la cordillera andina, probablemente, se distribuyó entre diversos asentamientos de Chile Central y en muchos sitios arqueológicos de este periodo se han encontrado objetos, especialmente adornos corporales, confeccionados en este metal (Chacayes, Rancagua, Con Cón, etcétera). Desgraciadamente, aún no se han realizado estudios que permitan verificar hacia dónde circuló específicamente el mineral extraído desde El Alfalfal, pero sí es claro que dicha localidad fue continuamente explotada hasta tiempos históricos recientes.

Cultura Aconcagua:

Las fechas más tardías registradas en la cordillera para los sitios de este período es alrededor del año 900 de nuestra era, momento en el cual en Chile Central se produce un significativo cambio cultural asociado al surgimiento de una cultura, que los arqueólogos han llamado Aconcagua. Esta nueva cultura se caracteriza por un mayor énfasis de la subsistencia en la producción de alimentos cultivados, aunque los recursos naturales no perdieron toda su antigua importancia. Esto es especialmente cierto en la obtención de la carne, ya que por ahora no hay evidencia que indiquen que en esos tiempos se practicara alguna forma de ganadería, aunque sí es posible que se criaran guanacos capturados vivos.

Las principales diferencias de Aconcagua con los pueblos anteriores, no obstante, se encuentran en factores culturales, ideológicos y sociales. Los asentamientos eran mucho más grandes representando a una comunidad de distintas familias que vivían juntas en una suerte de caseríos e incluso, en algunos casos, formaron pequeñas aldeas. A la vez, entre las distintas comunidades existió algún grado de cohesión social y política, expresada en el uso recurrente de determinados íconos en su arte. De ella, hoy día conocemos principalmente las vasijas utilizadas para las tareas domésticas o como parte del ajuar de las tumbas de los muertos. Estos últimos eran sepultados cerca de los lugares en que habitaban, donde se edificaron grandes cementerios compuestos de túmulos de tierra en los que se depositaban los cuerpos, en algunos casos en forma individual y en otros en conjuntos, probablemente familiares.

En este momento también hicieron probablemente su primera aparición en Chile Central el arco y la flecha, aunque su presencia sólo se puede apreciar indirectamente por un radical cambio de tamaño y forma de las puntas de proyectil confeccionadas en piedra tallada. El uso de esta nueva herramienta debió tener profundas repercusiones en las técnicas de caza, la tecnología de tallado de la piedra y el uso de materias primas líticas.

El surgimiento de esta cultura no está del todo claro, aunque sí es evidente que en ello podrían estar involucrados algunos elementos ideológicos y económicos provenientes de la tradición cultural andina que se extendió a los territorios del norte de Chile y noroeste argentino. No obstante, esto no quiere decir que necesariamente se haya producido una migración de poblaciones desde los territorios de más al norte, ya que, de hecho, no es posible encontrar en ninguna otra parte antecedentes directos de este pueblo. Más bien pareciera que las poblaciones horticultoras del período anterior adoptaron algunas ideas provenientes de las tradi-

ciones culturales de más al norte, adaptándolas a su forma de vida. Este proceso ocurrió en un período muy corto, y, de hecho, existen algunos sitios arqueológicos agroalfareros tempranos que tienen fechas muy tardías, prácticamente contemporáneas con los primeros asentamientos Aconcagua, ubicados entre el año 900 y 1000 de nuestra era. En cierto modo, lo que aquí ocurrió parece haber sido una verdadera revolución ideológica, social, política y económica.

En concordancia con lo anterior, los grupos Aconcagua estuvieron presentes en la cordillera prácticamente desde sus orígenes, asentándose en las mismas localidades e incluso en los mismos espacios antiguamente utilizados por los horticultores del período anterior. Encontramos sus caseríos en El Manzano y en todas las terrazas al norte del río Maipo, entre Las Vertientes y el río Colorado, donde las condiciones para las prácticas agrícolas son muy adecuadas. A la vez, en El Alfalfal continuaron la explotación del cobre, aunque en una escala un poco mayor que en el pasado.

Sin embargo, los grupos Aconcagua no se instalan en todo el territorio cordillerano, prefiriendo únicamente valles amplios y no muy altos. De hecho, si descontamos la localidad de El Alfalfal que, como hemos visto, tendría un especial interés, no se han encontrado evidencias de caseríos u otras instalaciones permanentes Aconcagua más que en las amplias terrazas del río Maipo, aguas debajo de su confluencia con el río Colorado. Esto parece confirmar la vocación altamente agrícola de su economía, ya que instalarse en territorios más altos y de una topografía más abrupta sin duda hace difícil el cultivo. Esto no quiere decir que estos grupos no accedieran temporalmente a otras localidades y tenemos claras evidencias de que, por ejemplo, desde el campamento en la parte baja de El Manzano sus habitantes subieron hasta las nacientes del estero ubicadas a 2.600 metros de altitud, para explotar las canteras de jaspe que ahí se encuentran. Con esta materia prima el grupo Aconcagua de esta localidad, al igual que los más antiguos pobladores de la cordillera, continuaron confeccionando gran parte de sus herramientas necesarias para la vida diaria (cuchillos, puntas de flecha, etc.).

Todo parece indicar que las comunidades sedentarias Aconcagua desarrollaron una política de control del espacio que excluía la posibilidad de compartirlo con otros grupos, especialmente con los cazadores recolectores nómades. Esta nueva política pudo ser producto de un modo de vida mucho más sedentario y una economía en la cual los cultivos eran más importantes, al punto de que pudo desarrollarse una noción de propiedad sobre la tierra mucho más definida.

Expansión Inca:

No obstante, el dominio Aconcagua sobre la cordillera, así como sobre el resto de Chile Central, duraría sólo hasta finales del siglo XV, cuando las tropas del *Huayna Capac* extendieron el dominio del estado inca, llamado por ellos *Tawantinsuyu*, hasta estos territorios. El momento exacto en que ocurrió este importante evento hoy no está muy claro, ya que la fecha de 1475, tradicionalmente aceptada por los estudiosos, recientemente ha sido puesta en duda por fechas de radiocarbono hasta uno 100 años más antiguas obtenidas en sitios incas en el norte y centro del país.

Pese a lo anterior, está muy claro que la llegada de los inkas significó profundos cambios para el desarrollo cultural de esta región. Sus habitantes pasaron a formar parte de un imperio cuya complejidad social, económica y política no tenía comparación con nada conocido hasta ese momento. Toda la población pasó a responder a una autoridad central, la cual, si bien en muchos aspectos permitió la mantención de las antiguas tradiciones culturales locales, controlaba aspectos tan centrales como la distribución de los recursos producidos, la mano de

obra y la organización social y política. A la vez, los gobernantes cuzqueños instalaron en este recién incorporado territorio una serie de representantes de su poder, entre los cuales había algunos funcionarios venidos directamente desde el centro del imperio, aunque la mayor parte eran diaguitas traídos desde el Norte Chico como parte del ejército o como grupos que pagaban sus obligaciones con el estado sirviendo en determinadas tareas, llamados *mitimaes*. Todos estos hechos significaron un rápido cambio cultural para las poblaciones locales, las cuales en muy pocos años adaptaron a su propia cultura muchos elementos ideológicos, sociales y económicos de los incas y los diaguitas.

Las montañas tuvieron un lugar privilegiado en la cultura inca y la cordillera andina de Chile Central no fue la excepción. Ella brindaba, entre otras cosas, uno de los recursos más apetecidos por este estado: altas cumbres donde era posible venerar a las divinidades. El más conocido santuario de altura inca en esta región se encuentra en la cumbre del cerro El Plomo (5.424 metros), donde se realizó un importante rito que incluyó el sacrificio de un pequeño niño, hoy ampliamente conocido como “la momia del cerro El Plomo”. En el Cajón del Maipo los incas también eligieron, al menos, un lugar para realizar ceremonias en honor de su divinidad solar, localizado en la cumbre del cerro Los Peladeros (3.371 metros). En este caso las evidencias hasta ahora recolectadas indican que ahí se practicaron algunos ritos, los cuales no habrían incluido sacrificios humanos. Esta región montañosa también habría sido ocupada por el estado inca para la implementación de su afamada red vial, la cual continuó usándose hasta tiempos históricos. A no más de 500 metros de este camino, en una región profusa en lagunas, entre las que destacan la Laguna Negra, los incas levantaron con pircas de piedra muy bien construidas una serie de recintos de muros bajos, planta rectangular y que presentan un corredor perfectamente orientado hacia el este. Dicho punto cardinal, que marca el lugar de nacimiento del sol, fue de especial importancia ideológica para esta cultura. Desgraciadamente, sus ocupantes no dejaron muchas evidencias de las actividades aquí realizadas, lo que se ha visto agravado por el saqueo de que han sido objeto los recintos más importantes. No obstante, la simbólica orientación de la construcción y su ubicación cercana a varias lagunas y vertientes, ambas también importantes en la ideología inca, nos permite suponer que pudo tener una utilización más bien ritual y no ser simplemente una posta o *tambo*.

Estas evidencias son las únicas que nos hablan de la presencia directa inca en la cordillera; sin embargo, las poblaciones locales descendientes de Aconcagua, aunque claramente influidas por la cultura cuzqueña y diaguita, siguieron utilizando este ambiente tal como lo hacían antes de ser incorporados al *Tawantinsuyu*. Podemos observar que los caseríos de El Manzano y otras localidades de la parte más baja del Cajón del Maipo siguieron siendo habitados, aunque tal vez con una densidad de población mayor, tal como lo indica la profusión de grandes cementerios de esta época. Este complejo proceso de interacción cultural estaba aun en su etapa inicial cuando a principios del siglo XVI llegaron los invasores europeos, produciendo un rápido y violento cambio de dirección en el devenir de la historia. Los grupos indígenas del valle central y de la costa, que sobrevivieron a la etapa de conquista militar, fueron incorporados como mano de obra en las encomiendas y rápidamente asimilados por la cultura colonial mestiza en formación. Pese a ello, algunos grupos de indígenas nómades, herederos de la antigua tradición de cazadores recolectores, continuaron utilizando la cordillera como su hábitat hasta mediados del siglo pasado. Su modo de vida esencialmente nómade los vinculó fuertemente con los grupos indígenas de la pampa transandina, aunque también interactuaron con los asentamientos coloniales desde donde obtuvieron un nuevo trascendental recurso: el caballo. Los registros históricos nos indican que en algunos casos, incluso, realizaban incursiones o *malones* en las haciendas de la precordillera en fechas tan tardías como la década de 1860.